

Esperanza para un mundo lleno de miedo



ESPERANZA para un mundo lleno de miedo

A lo largo de los siglos de existencia del ser humano en la Tierra, cientos de millones de personas han perdido la vida prematuramente a causa de las guerras; algunas estimaciones llegan incluso a mil millones. En la mayoría de los casos, al final de estas guerras, se esperaba que la agresión de una nación contra otra no se repitiera y que el mundo se librara del miedo de una vez por todas. De hecho, cuando se han anunciado los objetivos de tales conflictos entre naciones, a menudo se ha declarado que uno de los propósitos es liberarse del miedo.

Esto puede parecer un objetivo noble, pero cuando las guerras han llegado a su fin, los corazones de casi todos los involucrados se llenan, casi inevitablemente, de un temor aún mayor respecto al futuro. El continuo fracaso, tras casi todas las guerras, para resolver las diferencias entre las naciones ha conducido, tarde o temprano, a nuevos conflictos y ha provocado que el miedo aumente, en lugar de disminuir. Así ha sido la historia de la humanidad.

Los temores del mundo actual están profundamente arraigados en el fracaso de los líderes humanos para

encontrar soluciones viables a los problemas generados por el egoísmo y el odio. Hubo un tiempo en que los sabios de la tierra le decían a la gente que la humanidad, mediante un proceso de evolución, avanzaba constantemente hacia un estado superior de civilización y que el miedo pronto se convertiría en algo de mente del pasado. El mundo está mejorando, decían, y pronto tendremos una utopía de paz y buena voluntad, que ha sido el sueño de los profetas y el canto de los poetas.

Como prueba de que esta perspectiva brillante para el futuro estaba justificada, se nos recordaba el progreso de la educación y se nos decía que un mundo ilustrado sabría que no se deben resolver las disputas internacionales por medio de la guerra. También se nos pidió que consideráramos los grandes avances en la ciencia, ya que estos también contribuirían a una paz duradera entre las naciones. Además, se afirmaba que la religión estaba ganando terreno tan rápidamente en la Tierra que pronto el mundo entero estaría tan profundamente imbuido de la filosofía del Sermón del Monte de Jesús que la guerra sería imposible. Lamentablemente, sabemos muy bien cómo todas estas afirmaciones, y muchas otras que se hicieron, han fracasado estrepitosamente.

UN MUNDO LLENO DE MIEDO

El miedo a la guerra, sin embargo, es solo una de las muchas situaciones que provocan aprensión en los corazones de las personas en el mundo actual. Al entrar en el segundo cuarto de siglo del nuevo milenio,

muchos otros temores acosan a las personas, las sociedades y las naciones. A continuación, presentamos una lista parcial de algunos de estos temores:

El miedo asociado a la división política y la polarización dentro de los países, particularmente en el llamado mundo occidental, lo cual ha llevado a disturbios y violencia en muchas naciones.

El temor por lo que parece ser un conflicto y una agitación constantes que emanan de Oriente Medio, y sus posibles efectos en el mundo en general.

El temor a un mayor deterioro de las relaciones entre las superpotencias mundiales —China, Rusia y Estados Unidos—, todas ellas vitalmente interrelacionadas entre sí, tanto en lo económico como en otros ámbitos.

El temor a los efectos aún desconocidos del desarrollo continuo de la Inteligencia Artificial («IA»), y a si la humanidad será capaz de controlar de manera segura su avance y uso.

Miedo a las pequeñas naciones, gobiernos y líderes rebeldes que, aunque sean pequeños en comparación con las superpotencias mundiales, podrían causar un gran caos en segmentos importantes de la sociedad si no se les mantiene bajo control.

El temor, en general, a lo que parece ser una incertidumbre financiera y económica continua, tanto a nivel regional como nacional y global.

El temor a los efectos cada vez mayores del cambio climático, en particular sus implicaciones respecto a la probabilidad de desastres naturales más devastadores, como tormentas devastadoras, incendios, terremotos o cambios sin precedentes en los patrones climáticos.

Miedo a enfermedades imprevistas, como las que se han observado en los últimos años debido a la pandemia del coronavirus y su efecto devastador en el mundo.

Miedo a que las «guerras culturales» sigan intensificándose, ya sea en torno a la moral, la raza, la religión u otros ámbitos, hasta el punto de que la sociedad en general se fragmente y divida tanto que pronto pueda colapsar sobre sí misma por falta de rumbo.

Por último, existe el temor de que, en todos estos aspectos, los síntomas de los problemas sigan creciendo en tal proporción y en todas las direcciones que la supervivencia misma de la humanidad quede en duda. Tal es el estado del mundo actual, lleno de miedo. Por eso nos preguntamos: ¿Existe una esperanza real de recuperación y de que el miedo desaparezca de los corazones de los hombres?

NUESTRA ÉPOCA EN LA PROFECÍA

Si bien las condiciones actuales de miedo y angustia han sobrevenido a muchos en el mundo de manera inesperada y a pesar de las afirmaciones de una civilización en constante avance, no han sido una

sorpreza para los estudiosos atentos de la Biblia; pues a lo largo de sus páginas los profetas inspirados por Dios lo habían predicho. El profeta Daniel, por ejemplo, predijo precisamente esta era en la experiencia humana y la describió como un «tiempo de angustia como nunca hubo desde que existe una nación». (Daniel 12:1). Jesús citó esta profecía de Daniel y explicó que su cumplimiento tendría lugar en el momento de su segunda presencia y del fin de la era.

Jesús esbozó algunos de los detalles de este tiempo de angustia, diciendo que habría en la tierra «consternación entre las naciones y desconcierto», y que a la gente se le desmayaría el corazón por el temor al anticipar las cosas que vendrían sobre la tierra. (Lucas 21:25, 26). La referencia de Jesús al temor que llenaría los corazones de la gente es suficiente para indicar que se refería al tiempo presente, pues nunca ha habido un temor tan generalizado por parte de la gente como el que hay hoy en día. Cuando Jesús dijo que habría en la tierra consternación entre las naciones y desconcierto, ilustró este pensamiento comparándolo con el rugido del mar y las olas. Este es, en efecto, un símbolo muy acertado de las masas inquietas y descontentas de la humanidad actual, que se esfuerzan desesperadamente por evitar la devastación que temen que cause la marea arrolladora del egoísmo humano, impulsada precisamente por la ciencia y la tecnología que en su momento se jactaron de su capacidad para conducir al mundo hacia la paz y la buena voluntad.

El profeta David también predijo esta época en la que vivimos; y, al igual que Jesús, él también comparó el caos del mundo con el azote implacable del mar y las olas, mientras las exigentes demandas de los hombres y las naciones se abalanzan contra los baluartes de una civilización que alguna vez se consideró inexpugnable. La profecía de David está dirigida a quienes tienen fe en la Palabra de Dios, y de ellos declara: «Por eso no temeremos, aunque la tierra sea removida, y aunque las montañas sean llevadas al medio del mar; aunque las aguas de allí rugen y se agitan, aunque las montañas tiemblen con su oleaje». Salmo 46:2, 3

«No temeremos», declara el profeta. Como cristianos, no tenemos por qué temer lo que se avecina sobre la tierra; es decir, no temeremos si nos familiarizamos con las profecías de la Biblia y tenemos fe en lo que estas anuncian respecto al presente y al futuro. Las profecías de la Biblia contienen la única explicación genuina de la causa de la angustia mundial actual y ofrecen la única perspectiva esperanzadora sobre el desenlace de este oscuro período de temor que vivimos. Conocer el plan de Dios respecto al destino humano es tener paz y alegría en nuestros corazones, a pesar del temor que nos rodea, y poder transmitir una seguridad reconfortante a los demás. Según la Biblia, ¿cuál será el desenlace de este trágico tiempo de miedo y angustia? Se ha dicho que el tiempo presente tiene una cita con el destino. Esto es cierto, pero Dios tiene el control sobre ese destino, y las implicaciones son de tal alcance que la imaginación casi se tambalea cuando intentamos comprenderlas.

En resumen, los hechos, tal como se señalan en la Palabra de Dios, son los siguientes:

Estamos llegando al final de una era en el plan de Dios. Sí, incluso más que eso, estamos llegando al fin del mundo. No será, como muchos supusieron erróneamente en su momento, el fin de la tierra (Eclesiastés 1:4), sino el fin del dominio de Satanás sobre la tierra, el cual será suplantado por el dominio de Cristo. Ahora estamos viviendo en el tiempo de su regreso y de la preparación para el establecimiento de su reino.

LAS SEÑALES DE SU PRESENCIA

Cuando Jesús predijo las características de nuestros días, declarando que sería un tiempo en que los corazones de la gente se llenarían de temor, lo hizo en respuesta a las preguntas que le hicieron sus discípulos. Esas preguntas fueron: «¿Cuál será la señal de tu presencia y del fin de la era?» (Mateo 24:3). Al citar estas preguntas, hemos utilizado una traducción correcta de las palabras griegas e es empleadas. En algunas traducciones de la Biblia, este pasaje está mal traducido y dice: «¿Cuál será la señal de tu venida y del fin del mundo?». Sin embargo, los discípulos no preguntaban cómo sabrían cuándo se acercaba el momento del regreso de Jesús, sino más bien cómo sabrían cuándo él había regresado de hecho.

La respuesta del Maestro a estas preguntas ofrece la única explicación confiable de las condiciones actuales del mundo y la única esperanza genuina de

días mejores por venir. Revela que nos estamos acercando al final de la era actual y que vivimos en el tiempo de su segunda presencia. Esto, a su vez, significa que está cerca el momento del cumplimiento de esas numerosas promesas de la Palabra de Dios que hablan de las bendiciones de paz, gozo y vida que estarán al alcance de la humanidad como resultado del venidero reinado milenarista de Cristo, el Rey de reyes y Señor de señores.

Esto no significa que Jesús reinará en la tierra como un hombre. Su primera visita a la tierra fue como ser humano, con el fin —como él mismo explicó— de entregar su carne en la muerte por la vida del mundo. (Juan 6:51). Pero tras haber proporcionado el medio para liberarnos de la muerte mediante el sacrificio de su humanidad en la cruz del Calvario, resucitó de entre los muertos como un ser divino glorioso, de la misma naturaleza que el propio Creador, «a quien ningún hombre ha visto ni puede ver». 1 Timoteo 6:16

Debido a una interpretación demasiado literal de algunas de las profecías de la Palabra de Dios, se han desarrollado concepciones muy rudimentarias sobre la Segunda Venida de Cristo. Algunos han supuesto que, cuando regresara, se le vería como un hombre suspendido en los cielos y que, simultáneamente, habría tremendos trastornos de la naturaleza en los cielos y en la tierra, cuya destructividad eclipsaría cualquier cosa que el hombre haya podido lograr jamás, incluso mediante el uso de armas nucleares.

Ahora bien, vemos, sin embargo, que las profecías que se utilizaron como base para este concepto

erróneo de la Segunda Venida de Cristo describen simbólicamente la convulsión de las instituciones creadas por el hombre que han conformado nuestra civilización. Es esto lo que las profecías describen como el fin del mundo —no el fin de la tierra, sino lo que el apóstol Pablo describe como «este mundo malo presente». (Gálatas 1:4). Jesús se refirió a Satanás, el Diablo, como el «príncipe de este mundo»; por lo tanto, el fin del mundo significa el fin del imperio de Satanás, el fin de su soberanía sobre las mentes y los corazones de los hombres. Juan 12:31

Todo cristiano debería alegrarse al observar cualquier indicio que apunte a que el fin del mundo está cerca. Toda la humanidad se regocijará cuando se dé cuenta de que el mundo de Satanás ha llegado a su fin; pues entonces tendrá la oportunidad de convertirse en ciudadana de un mundo nuevo —no otra civilización construida por los hombres, sino un nuevo orden en el que la autoridad y las leyes serán las del reino de Cristo.

El mundo que incluso ahora está llegando a su fin nunca ha sido del todo satisfactorio, ni siquiera para aquellos que han sido los más entusiastas en sus esfuerzos por perpetuar su existencia. Es cierto que ha habido mucho bien en él, pero el pecado y el mal han predominado. La enfermedad, el dolor y la muerte han sido la temida herencia de todos. El odio y la guerra han arruinado la felicidad de las personas y destruido la paz de las naciones.

El temor a que sucedan cosas peores, tanto aquí como en el más allá, ha contribuido a privar a hombres y

mujeres de la alegría que, al menos temporalmente, de otra manera podría ser suya. En verdad, como declaran las Escrituras, ha sido un mundo malo, y cuanto más estudiamos sus características, más nos damos cuenta de que Jesús sabía de lo que hablaba cuando declaró que Satanás era su príncipe.

Todos podemos alegrarnos de que un mundo así esté llegando a su fin y de que, tal como declaran las Escrituras, su gobernante vaya a ser atado y finalmente destruido. Jesús dijo que aquellos que vivieran en este tiempo y tuvieran fe en su Palabra, al ver suceder las cosas que él había predicho, levantarían la cabeza con esperanza y regocijo, pues estaría cerca el momento de su liberación y de la liberación de la humanidad del pecado y de la muerte.

ENEMIGOS DESTRUIDOS

En una profecía inspirada sobre el reino de Cristo que nos dio el apóstol Pablo, este declara que Cristo debe reinar hasta que todos los enemigos sean puestos bajo sus pies y que el último enemigo en ser destruido es la muerte (1 Corintios 15:24-26). Esto indica que uno de los propósitos del reinado de Cristo es la destrucción de los enemigos: los enemigos de Dios, del hombre y de la justicia. Si bien la muerte será el último de estos enemigos en ser erradicado por el gobierno de Cristo, otros enemigos serán destruidos antes de ese momento, y entre los primeros se encuentran las instituciones egoístas y pecaminosas de la tierra que se interponen de manera e e en el camino del gobierno de justicia y rectitud de Cristo. La

destrucción de estas instituciones implica problemas y angustia temporales para las personas que han estado sometidas a su yugo. Es esto lo que el profeta Daniel describe como «un tiempo de angustia, como nunca ha habido desde que existe una nación». Daniel 12:1

En la profecía del segundo Salmo, se hace referencia a Jesús como el gran rey de la tierra a quien Dios ha designado para gobernar. Se profetizó que, antes de que él comenzara su reinado con poder y gloria, las naciones del mundo pasarían por un tiempo de «tribulación» como no había habido «desde el principio del mundo hasta ahora». (Mateo 24:21). En relación con este catastrófico derrocamiento de un orden de cosas que se había predicho, en poco más de un siglo hemos sido testigos de la destrucción de muchas de las dinastías gobernantes hereditarias de Europa y del caos en los asuntos mundiales que ha seguido. En la propia profecía de Jesús sobre estos acontecimientos, él declaró que todas las tribus de la tierra llorarían por su presencia, y vemos este lamento hoy en día en todos los países del mundo.

Sin embargo, podemos dar gracias a Dios porque esta angustia es solo temporal. El regreso de Cristo fue diseñado para traer paz, gozo y vida a un mundo moribundo —y este será el resultado final—. Pero para lograrlo, debe establecerse un nuevo gobierno, y esto requiere el derrocamiento de aquel gobierno en el que Satanás ha sido el príncipe invisible y, en la mayoría de los casos, no reconocido.

Si alguna vez te has preguntado por qué los líderes del mundo, que disfrutan de todas las ventajas de la cultura y la educación de hoy en día, no han podido sacar al mundo de su caída en picada hacia la destrucción, la respuesta se encuentra en las profecías de la Biblia. La respuesta es que una influencia divina ha intervenido en los asuntos de los hombres como preparación para el establecimiento de un nuevo orden —una influencia que se está ejerciendo gradualmente a través de la presencia invisible del Cristo divino.

El derrocamiento de las instituciones del pecado y el egoísmo —esas instituciones que han fomentado la opresión y la guerra— es solo el comienzo de la obra del Cristo divino. Es como el bisturí del cirujano que se utiliza para salvar la vida de un paciente moribundo. Durante aproximadamente seis mil años, la humanidad ha estado muriendo. El hombre, por sí mismo, no ha podido encontrar un remedio para el agujón venenoso del pecado que está causando la muerte a todos. Ahora Cristo, el Gran Médico, ha venido a cambiar todo esto, y el primer paso necesario es colocar a la humanidad, el paciente, en un nuevo entorno y bajo leyes justas y rectas. Es la preparación para esto lo que está provocando el colapso de la autoridad humana en todas partes del mundo.

EN LOS ÚLTIMOS DÍAS

Los únicos que hasta ahora conocen el significado de lo que está ocurriendo en la tierra son aquellos que, por fe, están preparados para aceptar el testimonio de

la Palabra de Dios. Para ellos, las profecías de la Biblia son como un faro que les indica que, a pesar de este período, el más oscuro que el hombre haya experimentado jamás, el Alba está a punto de amanecer. Este será un día en el que las bendiciones de salud, alegría, paz y vida irradiarán de la presencia e e de Cristo, el nuevo rey, ese glorioso y divino gobernante descrito proféticamente como «el Sol de justicia», quien «se levantará con sanidad en sus alas». Malaquías 4:2

Sin embargo, con el tiempo —y creemos que no tardará mucho—, toda la humanidad comenzará a darse cuenta de que existe un poder que se ejerce en los asuntos de los hombres y que supera al de los gobiernos constituidos por los humanos. Esto se hará evidente a través del continuo fracaso de los esfuerzos humanos por restablecer una paz y seguridad permanentes entre los hombres.

Los gobernantes del mundo de hoy aún se imaginan que son los maestros del destino humano, que su sabiduría y la impresionante fuerza de sus ejércitos podrán imponer la paz a las naciones. La forma en que Dios establece la paz sigue siendo despreciada por los sabios del mundo. Pero a medida que todos sus esfuerzos sigan terminando en fracaso, gradualmente comenzarán a recurrir a una autoridad superior en busca de ayuda. Esto, que aún es un acontecimiento futuro en los tiempos trascendentales en los que vivimos, es descrito por el profeta Miqueas de la siguiente manera: «En los últimos días sucederá que el monte de la casa del Señor será establecido en la

cima de los montes, y se exaltará por encima de las colinas; y los pueblos afluirán a él. Y vendrán muchas naciones y dirán: “Venid, subamos al monte del Señor, a la casa del Dios de Jacob; y él nos enseñará sus caminos, y andaremos por sus sendas”; porque de Sion saldrá la ley, y de Jerusalén la palabra del Señor. Él juzgará entre muchos pueblos y reprenderá a naciones poderosas que están lejos; y convertirán sus espadas en arados, y sus lanzas en podaderas; ninguna nación levantará la espada contra otra nación, ni aprenderán más la guerra. Cada uno se sentará bajo su parra y bajo su higuera, y nadie los atemorizará, pues la boca del Señor de los ejércitos lo ha dicho». Miqueas 4:1-4

Esta es una profecía muy completa y tranquilizadora que, a la luz de los acontecimientos actuales, pronto se cumplirá, para el gozo eterno de toda la humanidad. En primer lugar, fíjense en la identificación temporal: «En los últimos días sucederá esto». Esta expresión profética, «los últimos días», no se refiere a la idea tradicional de la fatalidad, ni a la destrucción de esta tierra, ni al fin de la existencia humana en la tierra. Se refiere a los últimos días del dominio satánico sobre los pueblos, los últimos días del pecado y la muerte, los últimos días de la guerra y los últimos días de todos esos males que han azotado a la humanidad desde los días del Edén hasta ahora.

EL TIEMPO ACTUAL

Estamos viviendo en este mismo momento en la época de estos «últimos días» proféticos, y ya hemos

sido testigos de la destrucción de algunos de los males que han afligido a la mayoría de las naciones. Las dinastías gobernantes hereditarias de Europa, que oprimían al pueblo en nombre de Dios, ya han llegado a su fin. Y a medida que los propósitos divinos avancen en estos últimos días, eventualmente seremos testigos del fin de la dictadura totalitaria, ya sea comunista, fascista o de cualquier otro tipo. También veremos el fin de la guerra y el fin del miedo devastador que ahora llena los corazones de la gente.

De hecho, los últimos días anunciados en las profecías son una época gloriosa para vivir, y muy pronto se cumplirá, tal como lo ha declarado el profeta, que el monte de la casa del Señor se establecerá en la cima de los montes, y los pueblos afluirán hacia él. El monte del Señor es el reino del Señor. Daniel, en el segundo capítulo de su profecía, representa simbólicamente el dominio humano sobre la tierra mediante una imagen deslumbrante, de aspecto humano, y el fin de este dominio se ilustra con la destrucción de dicha imagen. Se muestra que el instrumento de destrucción es una piedra, que finalmente crece hasta convertirse en una gran montaña que llena toda la tierra. En su interpretación de esta maravillosa profecía, Daniel nos dice que esta montaña que llena toda la tierra es el reino de Dios.

El profeta Miqueas describe esta montaña, o reino del Señor, como la montaña de la casa del Señor. Esta casa del Señor es la casa gobernante de Dios, compuesta por aquellos a quienes las Escrituras identifican como su propia familia de hijos. Jesús es el

principal entre ellos, y junto a él estarán aquellos que han aceptado la invitación de sufrir y morir con él. A estos se les da la promesa de que vivirán y reinarán con él. El apóstol Pablo tranquiliza a los seguidores del Maestro en este punto, diciendo: «El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios; y si somos hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo; para que, si sufrimos con él, también seamos glorificados juntamente con él». Romanos 8:16, 17

El poder divino que obra milagros garantiza el éxito de este nuevo gobierno. Satanás pensó que había matado a Jesús, el Príncipe de la paz y Rey de reyes, pero el poder divino lo resucitó de entre los muertos. Aquellos que han sufrido y muerto con él son resucitados de entre los muertos en lo que las Escrituras denominan la «primera resurrección», para que puedan vivir y reinar con Cristo. Apocalipsis 20:6

En una profecía que describe el gobierno victorioso del reino de Cristo, Isaías nos dice que «el celo del Señor de los ejércitos hará esto» (Isaías 9:7). Cuando consideramos que el poder de Dios ya ha resucitado de entre los muertos al Rey de reyes y que ese mismo poder divino se utiliza para devolver la vida a sus gobernantes asociados, ¿podemos dudar de la capacidad del Señor para cumplir todas sus buenas promesas por medio de él? ¡Por supuesto que no!

EN LA CIMA DE LAS MONTAÑAS

Prestemos, por lo tanto, mayor atención a lo que se ha prometido. El profeta Miqueas declara que esta casa

gobernante de Dios se establecerá en la cima de las montañas, o reinos; es decir, ocupará una posición dominante en los asuntos de todas las naciones, pues, como afirma Isaías: «No habrá fin al aumento de su gobierno y de su paz». Isaías 9:7

«Y los pueblos afluirán a él», continúa la profecía de Miqueas. La experiencia humana hasta ahora ha sido que, cuando los gobiernos imperialistas buscaban extender sus esferas de influencia sobre otras naciones, muchos huían en busca de refugio a otros países. Pero no será así en el caso del reino de Cristo. A medida que los pueblos se enteren de su poder e e y en expansión, afluirán a él, tal como declara el profeta.

Dándonos más detalles en esta misma línea, la profecía continúa: «Y vendrán muchas naciones y dirán: “Vengan, subamos al monte del Señor, [...] y él nos enseñará sus caminos, y andaremos por sus sendas”». Para cuando se cumpla esta parte de la profecía, las naciones habrán aprendido la futilidad y la insensatez de sus propios caminos. Habiendo fracasado en todos sus esfuerzos por salvar al mundo del caos y la ruina, estarán entonces dispuestas a recurrir únicamente a aquel que puede brindar la solución: Cristo, quien para ese entonces será reconocido como el legítimo rey de la tierra.

Cuando las naciones estén dispuestas a aprender los caminos del Señor y a aplicarlos, ¿cuál será el resultado? Será un resultado sumamente feliz, pues la profecía declara que convertirán sus espadas en arados y sus lanzas en podaderas, y que nunca más

aprenderán la guerra. La sabiduría humana siempre ha sostenido que la única forma de mantener la paz es estar preparados para la guerra, pero este orden será revertido por el nuevo rey de la tierra, pues a medida que las naciones se sometan a la influencia santificada de las leyes del reino, los recursos de la tierra, que antes se desviaban para proporcionar los medios de la guerra, se utilizarán para abastecer a la gente con las necesidades de la vida.

¡Ya no aprenderán más la guerra! ¡Piensa en los cambios de gran alcance en la perspectiva y la experiencia humanas que implican estas pocas palabras! Acaban con el reclutamiento en tiempos de paz y con el alistamiento forzoso en tiempos de guerra. Aseguran a las e s madres de todas las naciones que no criarán a sus hijos para que pierdan la vida en la guerra. Acaban con el militarismo en todas sus formas repugnantes. Eliminan el miedo de los corazones de la gente, pues todos se dan cuenta de que, cuando las naciones ya no aprendan a hacer la guerra, no entrarán en guerra. ¡Gracias a Dios por un programa educativo que omite de su plan de estudios la estrategia de la guerra!

BAJO LA VIÑA Y LA HIGUERA

Como la gente aprenderá y practicará los caminos de la paz y la justicia, tendrá seguridad económica. Esta seguridad nos la brinda esa hermosa imagen de cada hombre sentado bajo su parra y su higuera. Esta es simplemente otra forma de decir que, bajo la administración del reino de Cristo, los recursos de la

tierra estarán disponibles para todos y que los derechos de todos a participar de esos recursos estarán garantizados por las leyes del reino divino. Debido a que esto será cierto, la profecía agrega: «Y nadie los atemorizará». ¡Gracias a Dios por esta seguridad de estar libres del miedo!

¡Nadie les infundirá miedo! El temor a la agresión acecha las mentes de todas las personas hoy en día, y este temor no se limita a la agresión posible o amenazada de las naciones. La agresión económica, con la especulación de precios que genera, inflige un sufrimiento igualmente grave a las masas. Así pues, el miedo, engendrado por la inhumanidad del hombre hacia el hombre en muchos aspectos, sigue destruyendo la herencia de paz y alegría que es derecho de todo ser humano, cuyos padres originales fueron creados a imagen de Dios. Bajo las leyes del reino de Cristo, ese derecho será restaurado, pues entonces nadie les causará temor.

LA MUERTE DESTRUIDA

Por muy hermosa y tranquilizadora que sea la profecía de Miqueas, no presenta el plan completo de Dios con respecto al destino humano bajo el gobierno de Cristo. Un mundo sin guerra y sin el temor a la guerra sería un mundo mucho mejor que aquel que ahora está llegando a su fin. Y si a esto le sumáramos la certeza de la seguridad económica para todos, tendríamos un mundo del tipo con el que los filósofos han soñado, pero que nunca pudieron establecer. Sin embargo,

seguirían existiendo otros temores, así como la tristeza, el dolor y la muerte.

Seguiría existiendo el temor a la muerte y, debido a las grotescas enseñanzas de la Edad Media, habría temor a lo que hay más allá de la muerte. Seguiría habiendo necesidad de hospitales, médicos y funerarios. Pero gracias a Dios por las otras promesas de su Palabra que nos aseguran que incluso la enfermedad y la muerte, con todos los males que las acompañan, serán destruidas por el reinado de Cristo.

Ya hemos señalado la seguridad que nos da Pablo acerca de la destrucción de la muerte en el reino de Dios. Ahora fíjense en la profecía de Isaías 25:6-9. En esta profecía, al igual que en la de Miqueas, el reino del Señor se simboliza con una montaña, y se nos dice que en esta montaña la muerte será devorada por la victoria, y que «el Señor Dios enjugará las lágrimas de todos los rostros... «Y se dirá en aquel día», continúa el profeta, «Este es nuestro Dios; a él hemos esperado, [...] nos alegraremos y nos regocijaremos en su salvación».

El apóstol Pedro se refiere a esta esperanza de salvación para una raza moribunda en el Nuevo Testamento. En la profecía de Pedro, él habla del propósito de la Segunda Venida de Cristo, que traerá lo que él describe como «los tiempos de la restauración de todas las cosas, de las cuales Dios ha hablado por boca de todos sus santos profetas desde el principio del mundo». (Hechos 3:20, 21). De hecho, nos alegra saber que la segunda venida no traerá consigo la destrucción de todo, incluida la tierra, sino

más bien la restauración o la restitución de todas las cosas. Esto significará la restauración de la salud para los vivos y la resurrección de los muertos.

La segunda presencia de Cristo ya está provocando la destrucción de este orden actual de cosas maligno, como preparación para su reinado de justicia y amor. Pero se trata únicamente de la destrucción de las instituciones egoístas de los hombres. La humanidad, tanto los vivos como los muertos, si obedecen a las leyes de Dios, serán restaurados a lo que se perdió a causa del pecado. El hombre no perdió un hogar en el cielo, sino en la tierra. La tierra fue hecha para el hombre, y cuando el hombre fue creado, se le dio dominio sobre la tierra. Pero este dominio, y también su vida, se perdieron a causa del pecado. Este paraíso perdido será restaurado, y es esta obra de restauración la que el apóstol Pedro describe como «los tiempos de la restauración de todas las cosas». Él declara que este grandioso propósito de Dios había sido predicho por sus santos profetas desde el principio del mundo, siendo uno de los ejemplos de este testimonio profético la promesa de Dios a Abraham.

Otra de estas declaraciones proféticas que describen las bendiciones de la restauración que llegarán al pueblo bajo la administración e a del reino de Cristo es la que ya se ha citado: esa bendita promesa de que la muerte será devorada por la victoria, y de que el Señor Dios enjugará las lágrimas de todos los rostros. ¡Piensen en el cambio que habrá en la experiencia humana! Dios enjugará las lágrimas de la gente al

eliminar la causa de su dolor; ¡y piensen en las muchas causas de dolor que hay hoy en el mundo y lo que significará para toda la humanidad cuando estas sean eliminadas!

EL DESEO DE TODAS LAS NACIONES

Otro de los profetas de Dios, al describir los tiempos de la restauración, declaró que «vendrá el deseo de todas las naciones». (Hageo 2:7). Todas las naciones desean la paz; desean seguridad contra la agresión; desean prosperidad para su pueblo; y el profeta David declara acerca del nuevo rey de la tierra, Cristo Jesús, que «juzgará a los pobres del pueblo, salvará a los hijos de los necesitados y quebrantará al opresor». Salmo 72:4

En otra promesa de la restauración, el profeta Isaías declara que entonces —es decir, durante el reinado de Cristo y su iglesia— «el cojo saltará como un ciervo, y la lengua del mudo cantará». También dice que «se abrirán los ojos de los ciegos, y se destaparán los oídos de los sordos». (Isaías 35:5, 6). Sin duda, esto se refiere a aquellos que están ciegos y sordos a las cosas de Dios. De estos hay millones, pues el apóstol Pablo nos dice que el dios de este mundo malo actual, que es Satanás el Diablo, ha cegado los ojos de todos los que no creen, y así les ha impedido conocer, amar y alabar al verdadero Dios del amor. 2 Corintios 4:4

Otro de los profetas de Dios, al describir las bendiciones de la restauración desde otro ángulo, dice acerca de esos mil años del reinado de Cristo que entonces el conocimiento de la gloria del Señor llenará

la tierra como las aguas cubren el mar (Habacuc 2:14). La gente ya no adorará a una variedad de dioses ni apoyará creencias religiosas contradictorias. Sobre este punto, otra profecía declara que Dios «dará al pueblo un lenguaje puro [o mensaje]», y que ellos «invocarán el nombre del Señor para servirle de común acuerdo» (Sofonías 3:9). Entonces, la gente será libre de adorar y servir al verdadero Dios del amor con todo su corazón y con verdadero entendimiento.

En el Libro del Apocalipsis, tenemos otra maravillosa promesa de las bendiciones que recibirán las personas durante el reinado de Cristo. Declara que entonces «Él enjugará toda lágrima de sus ojos. Ya no habrá muerte, ni luto, ni llanto, ni dolor, porque las primeras cosas han pasado». Apocalipsis 21:4

Es difícil imaginar un mundo en el que no haya muerte, pero Dios ha prometido que así será, y nosotros lo creemos y nos animamos. Si tal promesa la hubiera hecho alguien menos poderoso que Dios, tal vez seríamos justificados para dudar. Pero el Creador puede cumplir tales promesas, pues él es la fuente de la vida. «En él vivimos, nos movemos y existimos», declaró el apóstol Pablo. Hechos 17:28

No entendemos qué nos hace vivir ni qué nos da fuerzas para movernos, pero Dios sí lo entiende, y es plenamente capaz de dar vida eterna a todos los que obedezcan las leyes del reino de Cristo. Y es precisamente esto lo que ha prometido hacer. Es con este propósito que Cristo regresa y establece su reino. Sin embargo, las Escrituras afirman que cualquiera que, bajo las condiciones favorables de ese tiempo, se

niegue a creer y a obedecer, será, como dice Pedro, «destruido de entre el pueblo» (Hechos 3:23). La vida eterna se otorgará únicamente a quienes reúnan los requisitos mediante la fe y la obediencia.

UN MENSAJE DE ESPERANZA

Esta es la gloriosa esperanza que ahora se puede ofrecer a la gente de un mundo angustiado y lleno de temor. Es una esperanza gloriosa, y al proclamarla estamos siguiendo la sugerencia del profeta cuando escribió: «Digan a los de corazón temeroso: “Sean fuertes, no teman; he aquí, su Dios vendrá con venganza, sí, Dios con recompensa; él vendrá y los salvará”». Isaías 35:4

Uno de los nombres descriptivos que se le da a nuestra época en la profecía es el Día de la Venganza. Es un tiempo en el que la ira justa de Dios se manifiesta en el derrocamiento de sistemas e instituciones milenarios de pecado y opresión. Si bien la gente experimenta temor y angustia debido al desarraigo de este mundo malo actual, el propósito último de Dios es salvar a la gente del pecado y de la muerte mediante el establecimiento del reino de Cristo. Por lo tanto, podemos decirle al mundo de hoy, a este mundo lleno de temor: «No temáis» (), pues la intervención divina en los asuntos de los hombres pronto traerá paz, salud y vida, así como la oportunidad de la salvación eterna a todas las familias de la tierra.